

Pepe S. Ponce

Una ontología de la ciudad

1. Presencia

Cuando alguien pronunció ante mí la palabra mundo no percibí inmediatamente un significado sino que experimenté como un estremecimiento nuevo que sin embargo me resultaba familiar. Estaba aprendiendo a caminar y el suelo se movió. Sentí por primera vez la proximidad como un misterio, y el vértigo existencial, más que la caída física. El impacto contra el suelo inmediato algo despertó para decirme que aquello y esto eran la misma cosa. No dolor, precisamente, sino premonición de una angustia que ya nunca me abandonaría.

Todo se complicó luego cuando me revelaron que vivíamos en un planeta que giraba y al mismo tiempo se desplazaba, y que ahí viajábamos sin perder comba en ese inexplicable equilibrio galáctico.

Mundo, planeta, vía láctea, universo... Todas estas misteriosas palabras coincidían en aquel suelo que yo tenía tan experimentado con mis rótulas y metacarpos.

El pensamiento era como una flor que apenas se abría con un balbuceo y más pronto se cerraba sin huella, sin recuerdo; más una frustración que un logro me reportaba aquella experiencia, si es que lo era.

Y así pasaban los días en secuencias parisílabas intentando poner en relación la compleja vorágine de palabras y cosas.

Aunque no pudiese explicármelo, presentía que no era lo mismo estar ahí viéndolas venir que existir con todas las consecuencias. Y esto mismo pensaba de la ciudad (de ella en sí misma) y de sus habitantes (por sí mismos, como me los imaginaba).

La flor permanecía más tiempo cerrada que abierta, en constante frustración y escaso logro -como he aceptado- mas el corazón en continuo estremecimiento.

Echado ahí, presente ahí, proyectado hacia. Y, a pesar de todo, vislumbrando las posibilidades de acción y de interacción, pues la ciudad y los ciudadanos se me antojaban entes intrínsecos antes que vecinos paralelos.

Es traumático el primer contacto con el mundo; se quiebra la envoltura placentera y te enfrentas al ruido, al bullicio, al temblor de la luz en las vidrieras de la iglesia y del juzgado, al falso orgullo de las gárgolas y al angustioso barritar de los mercados. De repente cambia la frecuencia de la sonda materna y todo se te viene caóticamente encima.

Confundidos el ser y la ciudad, echados ahí, proyectados hacia, entre lo que ya fue y lo que todavía no es, en un presente continuo que inocentemente esperaba encontrar en esa flor el sujeto de su instintiva búsqueda de trascendencia.

A golpes comprendí que todo estaba en el mismo lugar y que el discernimiento era el aroma/el efluvio que esa flor me negaba. Necesitaba delimitar la confusión, aquel atropello en el mismo suelo de mi casa, que resultaba ser el suelo de la ciudad, el suelo del planeta, el suelo del mundo. Mi cuerpo era a la vez un objeto que caía y un sujeto que sufría el dolor del desconcierto. Intuía que en esa flor cerrada, en algún momento encontraría la respuesta al enigma.

Sin esfuerzo alguno, sin que participara mi voluntad, ya formaba parte de la existencia. Antes de llegar ya estaba dentro. Antes de nacer ya iba. Antes de abrir los ojos, ya estaban los conceptos increpándome a la cara.

Un rayo en aquella tormenta me lo anunció. “La música y la arquitectura, desde la frontera, anuncian el mundo. Son artes precursoras y hermenéuticas situadas en el límite. Al dar forma a éste, mediando entre lo que se repliega en sí (o naturaleza salvaje) y el ambiente, o mundo ambiente, al que cultivan, convirtiendo el ruido en sonido musical y el territorio en hábitat del habitante del límite, preparan la aparición de ese habitante”.¹

Lo que yo llamaba flor se resolvió como un mandala geométrico que continuamente, a poco que pensara en él, se desdoblaba. Mas, para avanzar, necesitaba palabras, ponerle nombre a esa geometría que inquietaba mi cabeza, fiel reflejo de la realidad que me envolvía y que al mismo tiempo en mi interior palpitaba.

Ahora tenía los pies dentro del mundo, de la ciudad, y la cabeza en ambas latitudes. Desdoblado caminaba por sus calles e interpretaba sus límites en las aldabas, en las nubes, en las bocas de las siniestras madre viejas... El dentro y el afuera se apreciaban en esos codos, en esas celosías. Cada casa era también un reflejo de la disyuntiva; lo íntimo, lo privado, y el exterior, lo que se muestra, lo que se exhibe; lo que se comparte ahí afuera y lo que cada uno reserva para sí en su interior. Aprendí que los límites eran lugares transitables con puertas, vanos, fisuras...

Transitar, mezclarse, perderse... son verbos que me enseñó empíricamente la ciudad. Sucesos, ecos, reflejos. Los pasos sobre el pavimento resuenan en el mandala y los conceptos se van despertando, desenvolviendo como una flor. Intuía que unos y otros guardaban relación, un íntimo parentesco. Pero no solo mis pasos, también los pasos de los otros, hasta que un día una multitud se reveló caminando en mi cabeza. Y, apenas me fijaba en sus pies, ya las aceras bifurcantes, ya la perpendicularidad de las paredes, ya el ritmo de los hombros, que guardan relación con los tejados, la oblicuidad de los ojos, que refractan la iluminación de las calles, los edificios, que contraponen volúmenes, se apropian de los espacios, inventan fugas y se prorrogan por los intersticios de las bocacalles. Y llegas a perderte en sus vericuetos y a saber que estás ahí, y que probablemente ese sea su único significado.

Sin embargo, antes de nacer ya existían promesas, progresivamente incumplidas sin excepción, escrupulosamente desbaratadas. Una justa hermenéutica precisaría clarificar los prejuicios heredados; metodologías, relatos, convenciones... Y, sobre ello, ya podría trazarse una caligrafía personal.

2. Conciencia

Ciudad. Imagen. Relato

El abordaje de un concepto presupone una cultura, un idioma y una necesidad. Atender la realidad como problema no ha de ser solo vocación, sino la aceptación sine qua non

de ese requisito. Lanzarle a la cara una pregunta tras otra, sin ahorrar disparos y, a partir de ahí, revertir los negativos en respuestas hipotéticas pero comprometidas.

Sánchez Ponce en el vértice del triángulo

Por esta imbricada condición la realidad exige una conducta actual, activa, revitalizada, predispuesta; anticiparse a la necesidad, que alcance y desborde toda resistencia normativa. Ensartarla antes de que ella te clave su puñal.

Si aceptamos que las cosas ('los entes a la mano') se predicen desde sus propiedades, los seres humanos lo hacemos desde las posibilidades que se despliegan ante nosotros, abiertas ahí y expectantes a nuestras decisiones, para lo cual, aquellos entes se nos ofrecen oportunos y controvertibles, ya que la realidad se nos manifiesta sumamente compleja. "Demasiadas cosas están conectadas con demasiadas cosas. Es difícil atrapar una cereza sin traerte con ella todo el cuenco. Está tan enracimado el panorama que para solucionar algo hemos de solucionarlo todo. Antes de actuar, por tanto, deberíamos preguntarnos si el problema que estamos intentando resolver no genera al mismo tiempo un problema para otros".²

Se nos antoja abrumadora esta paradoja, que sin embargo expresa acertadamente el nudo ordinario del dilema e informa evidentemente del espíritu que nos acompañará flotante y consubstancial en esta fenomenología ponciana, no tan cognitiva como emocional, pues de este modo se relaciona el ser de la ciudad y el ser de los ciudadanos. No podríamos interpretar la ciudad sin este opulento previo que ilustra la encrucijada de nuestra realidad. Cómo hincarle el diente a este propósito editorial sin crear el marco idóneo a las fotos de Pepe S. Ponce. Pues cada fotografía es no solo una obra de luz y tiempo: su irreductible esencia; ahí está todo lo que se hizo y lo que se derrumbó, lo que se incumplió y lo que se anuncia. El desvelamiento resulta con frecuencia inverosímil cronificado desde sus prolíficas andanzas en un todo fragmentario de engarces rotos y vulnerados resortes... Los viajes, las veladuras del tiempo, la memoria que meditan sus piedras. La tos, el picoteo del cortejo, las múltiples resonancias de antaño (el inconmensurable palimpsesto de la humanidad), las naves que llegan cada día a estas playas. Lo que se constata en toda regla y lo que se sugiere. Lo que duele y lo que se extraña, lo que conmueve y lo que se echa a perder en cuanto lo pierdes de vista o se agota la emoción.

Entramos así, inscritos motu proprio y ajenamente referenciados, en esta galerna patética. Si no sucumbimos ante sus escolleras y remolinos, regresaremos íntegramente heridos/afectados de buen grado y valorando más íntimamente el mundo y sus aquelarres, con más conciencia de lo que nos falta y probablemente más proclives a despojarnos de tanta bagatela.

Todavía un montón de filtros y reguladores tendríamos que arrimar al prejuicio en favor de aquella hermenéutica morosa que acude a nuestras mientes: todo cuanto sea capaz de soportar el planisferio cabe en el Inventario de Pepe S. Ponce. Reveladores, temporizadores, campos de profundidad, perspectivas... Diafragmas, sensibilidades, hocicos históricos, instrumentos de tortura y confesión... Completo ese acervo confrontado y nunca resuelto, inculcado o azarosamente sobrevenido, y siempre manipulado con incuestionable benevolencia.

El estatuto privilegiado, los incesables emergentes que implícitamente lo cuestionan, los crónicamente intempestivos que abiertamente lo combaten... No solo la gran reserva de símbolos, imágenes, relatos... que integran el legado tradicional, sino el sentido que se

ha ido imponiendo, el fiel canonizado de equivalencias, gustos y valores. La cultura, el complejo y contradictorio concepto en el que se insertan y se orientan todos ellos. Intereses, ideologías, creencias, saberes y actitudes que caracterizan a los ciudadanos en sus diferentes estratos y conciencias. Todavía haría falta una sociología que implementara los elementos necesarios para este análisis preceptivo. “El estudio de los medios y modos de producción, de la formación socioeconómica, y de los flujos ideológicos en los que se posiciona la creación en el conjunto de una sociedad, permitiría una comprensión contextual de su arte, de los cambios que experimenta y su función en cada etapa de la historia”.³

Urbs urbis

La ciudad es un proyecto que nunca termina, un *work in progress* de innata proclividad, “un organismo vivo y cambiante, cargado de inercias, que se adapta a cada sociedad y su tiempo. Es un retrato de lo que somos y de lo que queremos ser. Un proyecto eternamente inacabado. Cualquier intervención debiera sustentarse sobre valores universales y locales. Y cuidar lo valioso de cada persona y de cada sitio.

En un mundo de ciudades uniformadas por el consumo globalizado, es más necesario que nunca entender y defender aquello que nos hace únicos y que es probablemente lo que nos permitirá seguir siendo humanamente universales.

Solo cuando conocemos algo en profundidad somos capaces de quererlo y aceptarlo. Conocer el pasado, respetarlo e integrar el presente para posibilitar una ciudad futura más amable, sostenible y adecuada a la cultura y al clima...”⁴

Una ciudad es algo más que la sintaxis de sus edificios, la exonerada gramaticalidad de sus pomos, la grave consubstancialidad con la que se redimen sus tejados frente a la luz robada de las farolas y de los prismas ortogonales que se entienden o se desentienden de los ritmos canónicos en su perpendicularidad, los tondos de forja, los contenedores impíamente desventrados, las plagas de mosquitos, los reflejos saturnales, la prolífica urdimbre de las arañas... Sus volúmenes hablan entre sí; mantienen una larga conversación, desde los primeros-lejanos asentamientos. Se ofuscan contrariados basamentos y capiteles, se interponen arcos, fustes discrepan o se concilian, secularmente con asidua -feliz o trágica- incongruencia.

Y un clamor subyacente queda palpitando en la atmósfera. ¿Qué nos hizo llegar hasta aquí? ¿Qué veníamos buscando? ¿De qué estamos huyendo? ¡Ese largo e intenso devenir!

Lechos abrigados, chozas, cabañas, cobertizos... Un hábitat seguro, comfortable, protegido.

Junto al río, junto al mar... (como impulsados por una nostalgia anticipada) u observándolo desde los altozanos, coligados a las cepas de los frutales, refugiados en sus fortificados adarves... En sus montes, sus orillas, sus pantanos... Compartiendo morada con los dioses... Cazadores, labriegos, alfareros, viticultores... Sus viviendas, sus ágoras, sus fielatos, sus atarazanas, sus lugares de culto, sus fortificaciones, sus torres vigías... Asentamientos, aldeas, poblados... el burgo, la ciudad, la urbe.

No bastan las razones contemporáneas para dilucidar, aceptar o refutar las sagradas pretensiones, la raigambre de esa trascendentalidad; hemos de rastrear infinidad de ritos, proyectos y conversiones a través de los siglos. Infinitos votos, recabros y planeamientos se han conjugado para conciliar o hacer frente a expediciones científicas

o pacíficamente comerciales, causas bélicas, o contingencias forzadas por desastres ecológicos sobrevenidos o por desventuradas contumaces megalomanías.

No escuetamente cerrada la urbe, sino abierta a su conurbación, el hinterland, aun menos aprensivo.... Volcada no tanto en la competencia y la confrontación, que han ido perdiendo su estrecha lógica, como en la búsqueda de nobles estrategias compartidas. La ciudad afrontará nuevos desafíos con una conciencia colectiva sostenible y la franca conjugación de intereses. Sin abandonar -sin fundamento legítimo- el espacio público a la iniciativa privada. Pues, si no lo evitamos, dentro de muy poco el visitante, en lugar de la ciudad, encontrará la raspa de un boquerón en medio del solar y, alrededor, mil gatos famélicos maullando. No quisiera vagar como un cirro arrepentido de rendirse al aguacero sin haberse manifestado. Así se advierte en un reciente y celebrado artículo que analiza/puntualiza la realidad a partir de esta desgraciada cacografía: "Málaga vive una etapa de esplendor que será estudiada en los libros de historia".⁵

"Salvar la ciudad" (sozein ten polin) es un proyecto no ya complementario, sino quizá previo al de "salvar los fenómenos" (es decir, dar a lo que se muestra un sostén, un soporte explicativo que lo armonice en un todo con las demás manifestaciones)".⁶

Con frecuencia valoramos el aspecto que presenta la ciudad en una foto fija (más arriba hemos leído un jugoso extracto de la glosa). La tenemos ahí delante, con sus destellos eventuales. Los visitantes se rinden a sus impúdicos floripondios, sus mostrencos collarines y la jartancidad de sus terrazas vocingleras. La música muere sincopada con las guirnaldas de la aberrante exhibición. Pocas veces advertimos alguna mirada crítica. Habitualmente aquellos se escandalizan con las blasfemas opiniones/módicos virajes de quienes no lo comparten del mismo modo. Aunque estuviese ponderada con justa benevolencia, si le diésemos la vuelta a esta fotografía, leeríamos tal inscripción en su reverso que, en cierto sentido, revelaría el anhelo de su dedicatoria y la pulsión que el exasperado espíritu de la ciudad quisiera confesar; no tanto lo que se hizo como lo que se pudo hacer. Y quién o quiénes, por acción u omisión, despendolaron el invento. "Humores estrépticos del vicio humano".

No hay que viajar a Singapur para enviar postales exóticas sofocando nuestra particular idolatría; alguna encuentro traspapelada en el álbum con este requisito previo (una economía de mercado con viviendas y transporte públicos bajo control gubernamental). La posdata añade algunas de las premisas que consideró el artífice de aquel Plan urbanístico. Con mención en nota al remitente. "Sin vivienda, sin naturaleza y con coches, las ciudades no prosperan. La vivienda confiere sentido de pertenencia, construye una identidad. La mezcla de grupos étnicos, lejos de crear conflictos, genera respeto, conocimiento y convivencia. El bienestar de los ancianos y de los niños es lo que verdaderamente mide la calidad de una ciudad."⁷

Diversas ocurrencias que ya tomaron cuerpo y ser.

Y paritorios que han dado a luz grandes ideas, compromisos y determinación.

3. Diametralidad. Acción

*de un flanêur de las horas oblusas, traviesas, cerodeclinantes
(Testimonio de una crónica personal)*

Pita la olla express... Son las 6:14 h del día nueve de noviembre.

Amanece. El cielo está despejado. Aunque al fondo, algunas nubes bromean con el futuro que se nos avecina...

Hoy anunciamos una tormenta fotográfica con más de veinticuatro mil impactos, desde el helipuerto hasta el faro de Calaburra, y la desigual correspondencia al retorno (cambia la oblicuidad de los rayos, la pleamar y el rolar del viento: las hélices lo cantan, entrecortadas por la disparidad de axiomas y peripecias.

Málaga no es el París de Baudelaire, no solo por la dimensión, el momento histórico, el trazado urbano...: “Los traperos aparecieron en mayor número en las ciudades desde que los nuevos procedimientos industriales dieron a los desperdicios un cierto valor.

El trapero fascinó a su época.

A Baudelaire, y a Sánchez Ponce, que a veces da la impresión que despierta en una buhardilla de aquel siglo (por el placer ancestral que muestra), le salen al paso los traperos, los *mouchards*, los legatarios de la antigua bohemia, los degradados... sobre los cuales sus sueños les dan dominio”.⁸

A pesar de las distancias y otros desacatos, Pepe S. Ponce es un *flanêur* que ama a los susodichos recabando su marginalidad; yo diría que mantiene esa fascinación por todos los personajes solitarios que deambulan sin caparazón y a otros tantos que los encuentra perdidos en la multitud o trastabillados en ese blues fantasmagórico.

“Solo quien ha amado los objetos, quien ha callejeado por calles atestadas de atestados escaparates, pudo idear el concepto de ‘aura’ (...) “Las cosas tienen ‘aura’ cuando son capaces de levantar la vista y devolverle la mirada a quien las mira”.⁹

También lo encontraríamos por este otro lado: “quien se aburra en el seno de la multitud, es un imbécil y yo lo desprecio”.¹⁰ Afluentes mentales, intrusos y civilizados, descargan sus homilías irradiando sus especulaciones sobre imprevistos contextos de la industria y el azar o la inocente arbitrariedad de ingenios y artilugios que alteran el foco y provocan nuevos y desconcertantes paradigmas. “Antes del desarrollo de los autobuses, los trenes, los tranvías en el siglo diecinueve, las gentes no se encontraron en la circunstancia de tener que mirarse mutuamente largos minutos, horas incluso, sin dirigirse la palabra unos a otros”.¹¹

El *flanêur* se siente concernido por cuanto le rodea. Muestra no solo disposición, detecta y crea la circunstancia, no solo aprovecha la preexistente. Conjuga el azar con la incursión planificada. Es intuitivo, diligente, continuamente regresa, evita ese cobijo acomodaticio y se expone a la espontánea sensibilidad de afrontar a los otros en el umbral que antes nadie había visto. Y a la ciudad ofrece la sombra de su osamenta, en recíproca metonimia. Sentirse involucrado es lo más genuino del ser, escapar del confort, salir del caparazón para asumir una existencia auténtica.

Está surgiendo una nueva perspectiva de *flanêurismo* agonizante, expropiado, disoluto que no encuentra suelo ni asidero, desgarrado ahora entre lo urbano y lo humano, que nunca se debieron disociar.¹²

En Ruta por bazares, jardines y corralas

Veíamos a Pepe Olimpus embragando, desde su manillar al ojo, la transversalidad de su montería.

De estas fotos que tenemos delante, parece que el alféizar, las piedras, los cilindros fueran los responsables de lo que acontece, pero es más bien el sufrimiento de lo que no quisieran ser. Los ojos enganchados en ello; condición, no destino.

Al amor de la siembra; a ella la cruza también esa luz apátrida que, en cuanto se nos acerca, la bautizamos con nuestro nombre y le decimos que ya es hija nuestra.

Los toneles rompen la uniformidad de las palomas sedientas que dicen ser picassianas porque se ahogan en un relumbré diametral y el espacio les falta a sus pulmones...

Y en su vientre (La Merced) -pulso reincidente- vino a dar el unicornio, desgranándolo sin misericordia. Pinchos fuera, rizomas profundos. Aquel ejército impertérito de clones aterrizó allí mismo para cerciorarse de que sus órdenes se cumplieran. Llevaban mantones salpicados de sublime chanza y lascivia oscura. Y la riada de santigueros y velorios, sobreensartados con el rezo de su "mucho, mucho, mucho cucurucho" que desde el portal improvisara un mundanal dicharachero venido del Foro.

Y los hermosos cadáveres, orzando allí mismo en la bocana (y en su nombre digo todos). Se cortó la coleta. Todos los que para él en un respunte se fueron, hasta dejar la orla vaciada por completo.

¿Quién piensa que la ciudad no sufre y que la curan hueros sintagmas... Que el río calla?
¿No os parece elocuente su silencio?

También nos rodean (a nosotros, quiero decir) montes azules, y nos acosa con rara ecuanimidad la termodinámica. ¿Quiénes pueden eludirlo?

Y los jureles agonizan en el techo de cuarzo de la Catedral.

Y no es más armónica -menos percutida, aunque no la veamos- la duela partida de los extrarradios.

Y ese Arcimboldo, orgullo popular, descuartizado por las fechorías de los mercados.

Y ¡por fin! olvidado el andén de la filosofía en la abstrusa opacidad de aquellos Insignes tabulados en refectorios donde se dan festín de gloria y complacencia. O se solazan con rancios dignatarios y coperos de la ínclita comitiva. Y acullá los patriarcas dando testimonio de sus Asperones.

Todos somos co-responsables, pero unos más que otros.

No obstante, nos quedó en la boca una soca-tumba de paraíso.

De qué conminada manera en el rostro abrumado por las notas se percibe la pena del andante, el escalofrío.

¡No! No son todos los que están (no me refiero solo a este tendencioso pluri-reportaje) aún faltan algunos desembarcos y mil, mil y una demoliciones.

Denota esa muralla el descalabro y la falta de conciencia (más de una merecería el ametrallamiento). Los cuchillos dispuestos a expensas de la hora justiciera. ¡Tranquilos! Solo es una metáfora del Sol trazando drásticamente las sombras de los edificios, tan pegados que apenas dejan cursar el viento (en esta ciudad no es muy aceptado este timbre inoportuno, preferimos la brisa).

Hemos de reconocer bellezas y atrocidades; se ayudan recíprocamente en la evidencia del contraste.

Yugos de complacencia ¡tan frecuentes! y calamitosos verdugos que sotairan la más abyecta apostura para bendecir lo que solo a ellos conviene, a costa de. Y tanto lo que la niega como lo que da de sí, forman parte de lo mismo.

Es hermosa la contradicción, pero injusto lo que derrama por los filos. Y tiene la raíz exacta clavada en ese mismo lugar de tantos quilombos y reprobatorios.

Y es el maldito gobierno, y es la maldita oposición, y es el maldito ciudadano. ¡A ver quién no tiene culpa, la tuvo o la tendrá! Conjugemos los tiempos. Todos fuimos niños antes del endemoniado aserto paradisíaco con el que mecieron nuestra cuna.

Me preguntarán: ¿Entonces todo está bajo sospecha? Contesto: ¿Cabe otra pregunta?

Casi todo se puede remediar. Haría falta para ello, es decir, sacarlo del deseo y convertirlo en seria pretensión, un buen Plan Destructivo que -detrás como posdata- anunciaremos. Un manifiesto utópico que desmonte, antes de crear. Que decidamos, será preciso, reubicar los cementerios, sin ostentosos panteones, en la misma travesía que la longevidad, la universidad, los bulevares, los cines, las tabernas... Todos entrometidos en la tarea. Eso será en una próxima reyerta.

Ser en sí para sí.

Repasemos un tracto apenas de su itinerario óptico-emocional

Un Anuario lenguaraz entreverado de todos estos conceptos apareció en los albores de los '90. O tal vez sería más adecuado decir: en el penúltimo levitar de los '80. Anuario extenuado de una gloriosa encrucijada (patios engalanados, zaguanes, chimeneas fabriles, entes residentes y entes en dudoso tránsito), pues se cruzaban ámbitos de la ciudad en flagrante contradicción arqueológica o culposamente posmoderna; bisoñas instituciones o caducas feligresías y avejentadas simientes. Fricciones de ranciedades y recién paridas y ya enervantes tecnologías. Y era tarde y era recién nacido el día. Irrigaciones de gran desfachatez y orgullo zafio. Miles de bisagras se recogían en ese omnicompreensivo volumen no esponsorizado.

“Málaga, solar del paraíso” nació con toda una carga de gramatología derridiana en blanco y negro, que mejor dramatiza. Levantaron la voz y el grito de la imagen en una auténtica rebelión de las cámaras aún analógicas. Se editó un libro para denunciar el desmantelamiento de barrios y alquerías.

Del mismo río saltó una culebra de rigurosa estra y recorrió los graderíos antiacclamada, escupiendo una especie de sarna crepuscular.

Leí en el Ateneo mi apasionado testimonial “Ópera calva” mientras otros se escabullían de aquella drástica emulsión de estampas.

Con los fantasmas del C.A.L. “La obra en marcha”, un catálogo sediento, Sánchez Ponce plantea la reciprocidad que tanto le agrada: “Humanizamos las casas o las casas nos humanizan. Son una enorme cuna, casi un seno materno a nuestra imagen y semejanza, del que salimos y entramos, atados a un invisible cordón umbilical que impide que nos atrape el mundo. Siempre necesitamos volver. Es nuestro refugio; donde escondemos nuestra intimidad y nos despojamos de nuestras caretas. Sus paredes nos hacen invisibles a otras miradas y son espejos donde nos vemos como somos.

Cuando las casas envejecen, oímos crujir sus silencios que hablan de las historias de sus huéspedes, de sus fantasmas, de sus hombres célebres o anónimos. Hoja a hoja, retienen el tiempo de sus habitantes en sus paredes tatuadas de cicatrices. Libro vivo que se deja leer. Álbum de recuerdos que guardan olvidos y quieren contar verdades calladas.

Esta casa resucitada del abandono, reclama su mirada al fotógrafo y se reencarna en un espacio para la palabra y continuar escribiendo páginas infinitas en sus paredes.”

En esta promiscua incautación también está Tanzania. “Allí, la luz entra como una desalmada bala de algodón; lenta, flotante... Y respira como la ocarina de un viejo explorador, entonando casi imperceptible la Nana Kitunguu a la memoria del viento”. Un fragmento de lo que entonces le escribí.

Circlessión continúa planeando. ¿Cómo no va a volverse loca la catenaria, aunque de ello lo esperara casi todo?

Combina la conducta de la vaciedad y el fuego. La glotis empitonada lanza improperios; de este modo entran adictos y justifieros: Adoración impura / Hostia mutis / Croando las sombras en el estanque / Un beso que derramará la patria / La patria de los mil agujeros / Tolendo tolens / Madriguera del beso / Concatenación / Por la celosía lastimada el ojo tuerto puso un huevo / Y un faralá del agua con el viento / Detrás, un escarmentario de las olas / Sin escrúpulo la curva se declinaba de ciertos aguaceros / Apoteosis de una ciudad a esta escueta hora moribunda / Neones de sal / La mirada que fuese asaz indiscreta / Fithtyción / Carnestolenda-cinesín-atormentada / Bodystormin ¿podría repetirlo? / Un tigre observando la escalera / Erección efímera / O sea Fausto-Colibrí / Dragones atrapados en una danza constricta / Demolitorio de los cuatro vientos / Teleos oscilantes / Meritorium / Plastic Gosped / Depositantes en arceñas demacradas / Ánforas de antiguo climaterio / ¿Caducará/claúdicará algún día esta devoción?

Una enfermedad que compartimos, no dadá, más bien locura, su propia descripción participa asimismo de ello. Ocurre que todo lo que rompe con la lógica y con lo razonable y/o correcto tiene un aspecto similar. Pudiera parecer absurdo, pero deja de ser absurdo como anécdota para confirmar y consolidar un sistema, del cual cada obra ofrece su propio modelo. Así se manifiesta.

Retracción Tientos fue otro salto de fulminante taconeó. Colectivamente filmado ipse ipsum. Y detrás otros muchos improperios.

Buñuelos tokineses quedó dentro del armario anticipando sus resonancias.

En el Ateneo un revuelo de plumas. Y agudos picotazos. Manzanas pochadas decoloridas, una colección. Y lo que fue un corte seccional escandalizante inesperado estandarte de la batalla. Una apuesta antibeata, antisolemne, subiendo y bajando aquellas terribles escalifernales. ¿Cuál era/cuál es el sentido de esta institución? Con este propósito escribimos miles de páginas. La máquina de Pepe era una ametralladora.

Jaén, Marraqesh, Volubilis... abriendo rutas anónimas, pseudónimas; fundando descabelladas hermandades, como la del Santo Mollete en Chauen.

Creaciones psicotrópicas, performances nocturnas, intervenciones con/sobre objetos abandonados. Esas excrecencias alusivas de imaginarios algoritmos escatológicos son parte esencial para comprender la ontología de la ciudad. Es difícil conocer en profundidad a los ciudadanos si no hurgas en su basura.

Pepe Ponce viene recogiendo sin recato cada detalle/cada briz del panorama: la ciudad atropellada, la ciudad dormida, la ciudad rendida en ciernes, la ciudad caotizada, la ciudad de los soñadores, la ciudad de los endemoniados...

Mantones (matones también) y saetas, el barrio en sangre, en el fuego de sus fiestas.

Percheles, Calzada de la Trinidad, alderetes y corralones...

Recurrentes manquedades y despiadada turismología de cardenales ahítos y dromedarios ediciales de cierta estulticia longeva que en sí auguran insolentes excesos y clamorosos descalabros.

Y amén los pollos de la bahía... ¿de cuáles huevos salieron?

O desnucando a dobles picassianos o devorando los parterres aleixandrinos. Gente que allí vitorea y que aquí se achanta. Una constante porfía callejera. Suntuosidad y renombre allá y aquí poetas moribundos, pintores desmayados, dramaturgos desangrándose sobre los días.

¿Para qué seguir? Ponzoñosa insalubridad y un callejero asaz marrano para elogiar la impunidad de tantas falaces decisiones.

Reinventos y martingalas de Pepe Olimpus. Cíclope de cuantos ojos abunde la ciudad.

Andante con moto, motografista vespasiano. ¿Se explica con ello su ubicuidad? Que disparaba (disparataba) ya fueran cielos desalmados, fuegos artificieros, locos en tromba o taxistas pusilánimes... Érase un hombre pululando sin pudor, un *flanêur* motorizado, helicopterizado al alba.

La ciudad de Sánchez Ponce se determina perpleja ante los días laminados con su insaciable alevosidad. No de reportero, amante de la retina, de lo retíneo en las aristas de la urbe. Y en su alegría cotidiana he visto llorar a su conrito obturador; soltar lágrimas rabiosas y sinceras que serán la verdadera emulsión del revelado.

Inmersiones, emergencias... "Lo que decide siempre sobre la fotografía es la relación del fotógrafo con su técnica (...) como el pianista, el fotógrafo se enfrenta a una maquinaria sometida a unas leyes que lo constriñen..."¹³ y ahora ¿qué otra cosa podríamos esperar que el arrebato, el forcejeo con ese monstruo artificial bautizado a los auspicios de una AI que cabalga sobre nuestro desconcierto?

Atrapar el aura en ostentórea obsesión: "una trama muy particular de espacio y tiempo: la irreplicable aparición de una lejanía, por cerca que esta pueda estar". Nunca pasó de largo ante nada. Insaciable. Cámara en ristre. No solo lugares emblemáticos, manoseados, pisoteados... Esquinas desladrilladas, cornisas rotas, chimeneas, torres de hollín, poblados rossellinianos; objetos iluminados por la luz de la pobreza rutinaria, vajilla tras el festín en una cordillera de torcas descabaladas, colchas extendidas drenando la mansedumbre de los días.

La ciudad abandonada a las sombras; sus enseres apriscados junto a los contenedores, como un rebaño de trols sin destino. Lugares solitarios o vacíos de atmósfera. "El medio ambiente y el paisaje solo se vuelven accesibles para los fotógrafos que son capaces de captarlos en la anónima aparición reflejada en un rostro."¹⁴

4. Trascendencia

Para Heidegger, el tiempo es el suelo ontológico de la existencia del ser; su esencia es por ello el acontecer.

En la ciudad, lo que articula el flujo de ese acontecer es un yo complejo, preñado, contaminado de sensaciones, ideas, recuerdos, sentimientos. Alma, dolor de tiempo y compromisos para ordenar el desbarajuste o para desmontarlo en toda regla.

La fotografía tiene más que ver, a veces, con esa escritura tramática (traumática) que con la pintura; está más cerca del relato transitorio (en ebullición). Una vez que el fotógrafo carga la cámara con su idiolecto epistémico, más que captar, imprime, garabatea, inserta sintagmas sobre las páginas de la ciudad; la toma como un libro para reescribir su historia.

Cada fotografía expresa lo que está presente y, a la vez, con la misma incógnita, se pregunta por lo ausente: lo que dio lugar a esto y lo que tras ella señala/sugiere. No nos congela como espectadores aquí detrás, o como mirones ahí delante, nos patetiza a todos atrapados en la perplejidad de ese acontecer que arrastrando el ayer continua su camino abriendo posibilidades mientras, como el fuego, desaparece. Oigo la palabra mundo y aunque sin captar aún el significado, lo siento aquí metido (ahora con un silbido de orca). Ahí está su suelo cambiante y movedizo como una alfombra voladora.

El Álbum de Sánchez Ponce no es solo una colección de momentos aislados sino una minuciosa caligrafía ontológica de la ciudad, una narrativa existencial de ese complejo ser en un entorno significativo que va dejando de existir y penetrando al paso de los días, muriendo allí y engarzándose a la vez a un futuro lleno de posibilidades que el ciudadano tendrá que afrontar y trascender consigo.

Sin nunca abandonar la broma de saltar imprevisiblemente sobre el tablero, a la par aquí y en aquella flor geométrica, de colorear, trocear, recomponer, entrometerse, de no dejar en paz la contienda. Así lo vemos en su personal e intransferible laboratorio funambulógico.

Con su talante franco y sin aderezo nos ayuda a que la existencia en la ciudad se calibre en lo esencial y se reconozca en lo humano, preservándolo de la dispersión y el sinsentido; a interpretar nuestro común destino desde un legado desigual y contradictorio; no la ciudad como una sucesión de hechos, sino como un lugar/un ámbito donde los hechos cobran sentido.

No podemos aguardar pasivos el revelado de esta generosa correspondencia, hemos de salir decididamente a su encuentro impulsados por aquella nostalgia anticipada. Solo así esa fotografía quedará revelada según palpita en nuestro ser.

Una última rúbrica exculpatoria (como posdata)

La historia es un secuestro que suele ignorar lo menudo y lo cotidiano; se reduce con frecuencia a los grandes hitos de insignes y a selectas prevalencias; un esquema contado por la pluma de los victoriosos, con sangre ajena.

Sin desdeñar este desaliñado fanzine (con sus maquillajes y ficcionomías), Pepe Ponce encareció su contratestimonio. Con su minuciosa y pormenorizada caligrafía dio cuenta de todo acontecer; sin remilgo. En su obra, como en el bolero de Gardel, nada se olvida. No me dejaré atrás, anticipaba, lo que mis oídos escuchan ni lo que mis ojos leen en sus fotos. Tras la declaración de amor (“te quiero, Mónica”) palpita toda la historia que en ese rótulo se esconde.

Este es a su vez un relato, un breve ensayo (asumida su herejía) que abarca a quienes miran de frente la foto y también a quienes se escurren por sus ribetes intentando quedar exentos de cronología e incumbencia.

Otra prescripción añadiré: la culpa inserta que captó la cámara (aunque quien suscribe no tuviera lugar ni ocasión de expresarlo todo).

Son cuadros-ventana ensamblados, superpuestos, injertos trabalenguados... También un ojo periscópico y un gadgeto-pincel.

Cada cuadro-ventana sugiere desde este plano el hemiespacio de atrás que yo frecuento, deambulante con mis mocasines de asfalto, para ir a juego. Y no quedará en esto; por si no lo fuera, también implica el hemiespacio anterior entre el cuadro y mis espaldas. Y en él la granza cortical que registró de mis trasiegos, los apabullantes jolgorios e incómodos de la existencia. En ambos todo le pertenece.

El brillo, la opacidad, el grano y el pelaje de esta trepanación de Pepe S. Ponce nos arrastró consigo ¡durante tantos años y tantas requisitorias!

Lo que despierta cada disparo sobre aquello que conoces o que creías conocer. Rota definitivamente esa distancia.

Una última apreciación restaría a esta coda ‘conciliatoria’; apenas señalar el mágico resquicio que se goza y difícilmente se explica, por tan innecesarios como abusivos postulados (ciudad apacible, amistosa, de amable brisa y orilla calma; su alma estoica y su candor británico, intelectualmente aristocrática y residualmente colonialista).

Mil rizomas yo aun añadiría. A lo que me da Naturaleza, no voy a morderle el codo, a pesar de mi herético retrato. Y si filtrara con ella la poesía en la morosidad de su luz, la serenidad del mar y su refulgente cóncava nocturnidad, esa soledad íntima donde el paraíso se aprecia en su levedad y regocijo...

“No es necesario que lo verdadero cobre cuerpo; es suficiente que aletee en los alrededores como espíritu y provoque una especie de armonía como cuando el sonido de las campanas, portador de paz, fluctúa amigo en la atmósfera”.¹⁵

juan Ceyles Domínguez
agosto, 2024

¹ Eugenio Trías. *Ética y Estética*

² Daniel Innerarity. (Conversaciones).

³ Oliva Abarca, Jesús Eduardo. “El concepto de capital cultural como categoría de análisis de la producción cultural”. Análisis.

⁴ Victoria Garriga. Arquitecta. “Cuando la ciudad es un organismo vivo y cambiante”. El País.

⁵ VVAA (IEUS). “Codicia y negligencia en el ámbito turístico”, MálagaHoy.

⁶ Víctor Gómez Pin “Salvar la ciudad”. *Filosofía. Interrogantes que a todos conciernen*.

⁷ Liu Traiker, el arquitecto que transformó el urbanismo para crear la moderna Singapur.

⁸ W. Benjamin. *Iluminaciones 2*. “La Bohemia”.

⁹ Jesús Aguirre. Walter Benjamin: *Fantasmagoría y objetividad*. Prólogo. *Iluminaciones/2*.

¹⁰ Según Baudelaire, pertenece a Guy, y que Benjamin recoge en sus *Iluminaciones*.

¹¹ Simmel. W. Benjamin. Op. Cit.

¹² Nota de Jesús Aguirre (traductor): “flanêur”: “En el texto alemán original el autor emplea siempre el término en francés (...) seguramente en referencia constante que hace de este hombre que vagabundea, que callejea, de este paseante en Cortes, que diríamos en castellano, a la ciudad de París”.

¹³ W. Benjamin. Iluminaciones. “Pequeña historia de la fotografía”.

¹⁴ W. Benjamin. Op. Cit.

¹⁵ Goethe (citado por Heidegger. *El arte y el espacio* / En Gianni Vattimo. *El fin de la modernidad*)